

IV. MEMORIAS DE BARRIO Y COHESIÓN SOCIAL

Mikel Aramburu, Aitor Hernández-Carr y Laura Villaplana

Introducción

La literatura especializada en el análisis del espacio urbano señala que en las últimas décadas se ha producido una progresiva pérdida de protagonismo del espacio local más próximo a los vecinos (los «barrios»). Este proceso vendría inducido por múltiples factores, como la creciente movilidad laboral y residencial de amplias franjas de población, la emergencia de espacios de sociabilidad distintos del propio espacio residencial o la exposición a flujos de información que desdibujan y superan claramente las barreras del entorno residencial de los individuos. Este proceso, que ya afectó a las clases medias a partir de la década de los cincuenta, ha alcanzado en las últimas décadas a gran parte de la clase trabajadora y, en definitiva, al conjunto de la población (Bridge, 2006).

No obstante, paralelamente se ha producido un creciente interés por el papel de los entornos residenciales en múltiples esferas de la vida social. Tanto la investigación académica como las políticas públicas han destacado la centralidad del espacio urbano para la comprensión de nuevos fenómenos sociales y para la adecuada formulación e implementación de las políticas públicas. La pérdida de centralidad de los entornos residenciales en las vidas de los individuos y, al mismo tiempo, la creciente percepción que dichos entornos juegan un papel central a la hora de comprender y actuar sobre un mundo crecientemente complejo y diverso, ha sido señalada como una de las grandes paradojas del proceso de globalización en curso (Baumann, 1996).

Desde nuestro punto de vista, esta resignificación de los entornos residenciales tiene que ver fundamentalmente con dos fenómenos. En primer lugar, el barrio o zona de residencia es un componente crecientemente relevante en la configuración de las identidades sociales. Como señala Forrest «aquellos que somos es, cada vez más, el lugar donde vivimos» (2004: 22). La literatura señala que hoy en día los barrios (más que las casas) donde vivimos son entidades comparativas y competitivas que visibilizan y transmiten información social. Esto, unido a la mercantilización de la vivienda y de los servicios básicos (salud, seguridad, educación), hace que se aceleren las divisiones entre barrios ricos y barrios pobres. En segundo lugar, el entorno residencial no es visto únicamente como un reflejo de la posición social de las personas, sino que es considerado un medio social que, por sí mismo, puede tener un efecto sobre las posibilidades de promoción de las personas.

En este artículo se pretende abordar esta resignificación de los barrios a través del cultivo de las «memorias de barrio». En los últimos años se ha producido un auge de la producción memorialística vinculada al espacio local. Libros, revistas, exposiciones, vídeos y actividades diversas (desde rotulación de edificios emblemáticos hasta actividades escolares, pasando por la organización de paseos y tertulias vecinales) han tratado de «recuperar» la memoria de los barrios de nuestras ciudades. No hay duda que este movimiento de auto-afirmación de los barrios a través del cultivo de su memoria se inscribe en una tendencia más amplia, propia del mundo contemporáneo. Pese a que se ha llegado a hablar de «abuso de la memoria» (Todorov, 2005), no es momento aquí de entrar en las interpretaciones de la ubicuidad del culto a la memoria. Con todo, hay una gran coincidencia en señalar que, en el mundo moderno, para digerir los cambios acelerados se necesitan ciertas marcas de estabilidad que proporcionen una ilusión de inmutabilidad. El cultivo de la memoria sería entonces una especie de estrategia compensatoria en una sociedad donde la innovación es la norma (Hobsbaw y Ranger, 2000; Nora, 1997; Connerton, 1989). Sin duda, las memorias de barrio reproducen esta lógica, pero también presentan características específicas que requieren un análisis detallado.

La literatura sobre memoria ha tratado prioritariamente del ámbito nacional, y solo en un segundo término de entidades territoriales menores como las regiones o las ciudades, o de los movimientos

sociales. Y aún menos se ha transitado en los estudios sobre memoria por entidades como los barrios. Por otro lado, la literatura sobre capital social y cohesión comunitaria no presta atención a la memoria, dando por hecho que la memoria compartida es el cemento del capital social. En este sentido, si la memoria refuerza una identidad, si puede llegar a ser una herramienta poderosa para reforzar los vínculos y la solidaridad vecinales ante las tendencias individualistas actuales (Putnam, 2000), la cuestión plantea interrogantes de gran relevancia en relación al asentamiento e inclusión de la inmigración extranjera. Si solo aquellos que comparten un pasado podrán identificarse en el grupo del «nosotros» ¿Están los inmigrados destinados a ser las víctimas del refuerzo de la memoria? ¿Contribuyen las políticas de memoria de barrio a reforzar la alteridad de los inmigrados? ¿O pueden erigirse memorias integradoras?

La literatura posmulticulturalista de corte progresista reconoce la diversidad étnica pero al mismo tiempo enfatiza el carácter dinámico y multifacético de las identificaciones culturales. Se aboga por que migrantes y minorías étnicas negocien de abajo hacia arriba la compleja política de la ciudadanía y la identidad. Un proceso que se considera más propio del nivel urbano que del nacional. No obstante, más allá de la formulación de principios posmulticulturalistas, muchas veces falta explicar más en concreto «cómo se hace» este proceso (Uitermark, Rossi y van Houtum, 2005).

Lo que se pretende aquí es dirimir qué potencialidades y riesgos pueden derivarse de la eclosión de la «memoria de barrio» en relación a los retos que enfrentan los barrios de clase trabajadora. Especialmente en relación a la incorporación de inmigrantes extranjeros. En este sentido, lo que el texto desarrollará es fundamentalmente unas reflexiones surgidas a partir de un estudio de casos realizado en dos barrios situados en la provincia de Barcelona: el barrio de Roquetes en Barcelona y el de Les Escodines en Manresa.¹

1. El estudio «Memòria de barris, barris amb memòria» se llevó a cabo además de en los casos señalados, en Poblenou (Barcelona) y Balconada (Manresa). Fue financiado por el Memorial Democràtic de la Generalitat de Catalunya, y se desarrolló entre 2008 y 2009. Los investigadores que intervinieron en el estudio fueron Marc Martí, Aitor Hernández-Carr, Laura Villaplana, Irina Ciornei, Joan Subirats y Mikel Aramburu.

Casos de estudio

Los barrios de Roquetes y Escodines son muy diferentes y muy parecidos a la vez. El primero es un barrio de 17.000 habitantes ubicado en la periferia norte de Barcelona que surgió en los años cincuenta como un barrio de autoconstrucción. El segundo, en torno a los 5.000 habitantes, forma parte del núcleo antiguo de la ciudad de Manresa. Desde el punto de vista morfológico y de la antigüedad histórica no podrían ser más diferentes. Sin embargo, podemos encontrar muchas similitudes: ambos son barrios obreros o populares marcados por la migración, recibieron un contingente importante de inmigrantes procedentes del sur de España durante el desarrollismo de los años sesenta y ahora destacan por tener porcentajes significativos (en torno al 25%) de población de origen extranjero. En ambos casos el movimiento vecinal ha sido un actor clave en la consecución de servicios y equipamientos urbanos y en conseguir inversiones públicas que revirtieran procesos de degradación urbana.

Dos pasados diferentes, un presente parecido. ¿Qué memoria se cultiva en estos barrios? ¿Cómo refleja el pasado e influye sobre el presente? ¿Qué potencialidades y qué riesgos se pueden derivar de todo ello?

Pero antes de abordar estos interrogantes conviene encarar el siguiente: ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En los estudios especializados cuando se habla del término no se hace referencia exclusiva al recuerdo de experiencias vividas, sino a todo discurso sobre el pasado, desde un relato oral hasta un monumento o una conmemoración de acontecimientos remotos. Por tanto, el uso del término «memoria» es en gran parte metafórico (Lavabre, 2000): incluye el recuerdo pero no lo presupone. No obstante, es importante diferenciar dos tipos de memoria diferente que nosotros hemos llamado «memoria instituida» y «memoria colectiva».

Esta distinción reelabora distinciones similares realizadas por otros autores. Halbwachs (1968), precursor del estudio sociológico de la memoria, distinguía entre la «memoria histórica», es decir, la reconstrucción del pasado elaborada por los historiadores, y la «memoria colectiva», la de la gente de a pie, subjetiva, fragmentada, a menudo contradictoria. Con la introducción del análisis de la instrumentalización política de la memoria, a partir de los años

ochenta, el término «memoria histórica» pasaría a designar las «políticas de memoria» o «memorias promovidas desde arriba». Este era el objeto de Hobsbaw y Ranger (2000) cuando hablaban de «invención de tradiciones» institucionalizadas y ritualizadas por unos agentes concretos, a lo que contraponían otro tipo de tradiciones que pasaban de generación a generación sin instrumentalización política aparente. De igual modo, Nora (1997) hablaba de «lieux de memoire», instaurados por las políticas de memoria, en oposición a los «milieux de memoire», el recuerdo vivo de los acontecimientos pasados. Esto último sería lo que, más recientemente, Beramendi y Baz (2010) llaman «memoria» a secas, en contraposición a las «tradiciones», evocaciones de un pasado no vivido y por fuerza simplificado. Keightley (2009) habla de «memorias privadas», rememoradas y representadas por individuos, y «memorias públicas», codificadas en objetos y proyecciones públicas. Finalmente, Lavabre (2000) distingue entre «memoria histórica», definida como el producto de las políticas de memoria, y la «memoria común», los recuerdos que un grupo social comparte sobre experiencias vividas.

Lo que todas estas distinciones terminológicas tienen en común es diferenciar entre dos tipos diferentes de representación del pasado. Por un lado, unos discursos sobre el pasado colectivo están codificados en diferentes producciones promovidas por actores institucionales; otros discursos sobre el pasado, en cambio, están imbricados en la experiencia individual y resultan más fragmentados y dispersos. Por nuestra parte, preferimos llamar a los primeros «memoria instituida» puesto que es promovida por políticas e instituciones de memoria (no necesariamente gubernamentales), y a los segundos «memoria colectiva», de acuerdo con la definición original de Halbwachs (1968). En comparación con la segunda, que fluye por transmisión oral fundamentalmente, la primera está más institucionalizada y objetivada en una serie de productos públicos reconocibles (placas, monumentos, libros, revistas, películas, exposiciones, etc.).

La pertinencia de esta distinción no subyace en hacer una taxonomía de las memorias, sino más bien, como destacan los estudios de memoria más recientes, en explorar la relación dialéctica entre ambas (Beramendi y Baz, 2010). Lo que nos interesa es ver en qué medida la memoria instituida refleja las memorias colectivas (qué

partes de ella resalta y cuáles oculta), y, al mismo tiempo, cómo la multiplicidad y diversidad de recuerdos significativos del pasado que tienen los individuos pueden resultar homogeneizados por efecto de la memoria instituida. Y finalmente, cuáles son los efectos que memoria instituida y colectiva tienen sobre los discursos de convivencia y cohesión social en los barrios.

Memorias de barrio: instituidas y colectivas

La investigación llevada a cabo en los dos barrios, pone de manifiesto que la producción de memoria de barrio no ha hecho más que incrementarse a lo largo de las últimas décadas: Publicaciones, fundamentalmente, pero también audiovisuales, exposiciones, rotulación de calles y lugares emblemáticos, actividades de difusión de la memoria en las escuelas, etc. En esta labor de creación y difusión de relatos del pasado del barrio ha sido vital el papel de las «instituciones de memoria», en este caso, entidades locales que han tomado la producción y difusión de la memoria del barrio como una de sus principales actividades. En los barrios más grandes hay asociaciones especializadas en el cultivo de la memoria de barrio. Se trata de instituciones fuertemente enraizadas, como atestigua el elevado número de socios con que cuentan, alrededor de 200 socios en el caso del Arxiu Històric de Roquetes-Nou Barris. Nacido como centro de documentación durante los primeros años de la democracia, esta asociación ha ido adquiriendo un papel cada vez más proactivo en la organización de actividades ligadas a la memoria.

La actividad de estas asociaciones depende de la participación voluntaria de un núcleo estable de personas que investigan, catalogan y difunden a través de exposiciones, revistas, tertulias, recorridos, etc. Aunque cuentan con la colaboración de académicos universitarios, sus miembros activos son fundamentalmente gente del barrio, con y sin estudios en ciencias sociales, que dedican sus esfuerzos a la historiografía amateur o, si se prefiere, al activismo historiográfico. Como señalaba uno de los fundadores del Arxiu de Nou Barris, su pretensión era que «la historia fuera escrita por sus propios protagonistas y no por gente de fuera del barrio». Asimismo, estas asociaciones memorialísticas presentan un elevado grado de conectividad con el resto de entidades vecinales. Roquetes sería el

caso más paradigmático en este sentido, pues el Arxiu forma parte de una densa red de personas, grupos y actividades interconectadas que se referencian mutuamente

Estas asociaciones especializadas no son las únicas que ponen en marcha actividades ligadas a la producción de memoria. Son diversas las asociaciones de barrio prolíficas en la actividad memorialista. En Les Escodines, un barrio más pequeño, es la asociación de vecinos la que cumple esta función.

En síntesis, la producción de una memoria instituida de barrio es una actividad en auge, es fundamentalmente bottom-up, y cuenta con un importante grado de arraigo en el tejido vecinal, bien por medio de instituciones específicas, que aunque cuentan con cierta financiación pública, dependen fundamentalmente de una amplia base de colaboradores voluntarios, bien porque la memoria ha devenido un objeto prioritario de diversas asociaciones de barrio. Los barrios, por tanto, quieren tener memoria, y se dotan de las instituciones necesarias para producirla.

Un elemento de contraste entre estas memorias de barrio y la corriente dominante de los estudios de memoria, centradas prioritariamente en las «memorias nacionales», es que no se trata de una «memoria de Estado» (*State-led memory*). Los motivos que animan esta actividad memorialista por parte de las asociaciones vecinales de base se inscribe en una lógica de refuerzo de los elementos de identificación y pertenencia, así como «inventar» en el sentido de Hobsbawm y Ranger (2000), elementos singulares de los barrios para reforzar la autoestima y conseguir el reconocimiento del resto de la ciudad.

En este sentido, la memoria cumple un papel especial como recurso contra el estigma que padecen algunos barrios. Los núcleos urbanos antiguos tienen una potencialidad intrínseca en este sentido, como ocurre en Les Escodines. En este barrio, la política de «recuperación de tradiciones» comenzó en los años ochenta, mediante la restauración de las Enramades² por parte de la asociación de

2. Las Enramades es una tradición de origen medieval que consiste en alfombrar las calles con flores durante la celebración del Corpus Christi. Les Escodines es el único barrio de Manresa donde siguen realizándose las Enramades.

vecinos. El movimiento vecinal que surgió en la misma época para intentar revertir el proceso de degradación y éxodo de población escogió la recuperación de las tradiciones y elementos singulares del pasado como una de sus principales estrategias, junto a otras más reivindicativas, enfocadas a las administraciones públicas. Vincular el núcleo antiguo con la memoria del conjunto de la ciudad no solo mejora la autoestima colectiva, sino que, al contrarrestar el estigma, puede abrir este espacio al uso comercial o residencial de otros habitantes de Manresa.

Sin padecer el mismo grado de estigmatización que Escodines dentro de Manresa, en el barrio de Roquetes el cultivo de la memoria ha sido una iniciativa eminentemente vecinal y se ha hecho con los mismos objetivos de refuerzo de la autoestima colectiva. El eslogan «no cambies de barrio, cambia tu barrio» que la asociación de vecinos utilizaba en los años noventa, ilustra el miedo a la desafección de un barrio periférico por parte de sus habitantes. En Roquetes, a falta de atributos históricos de prestigio, la principal tradición disponible ha sido la propia movilización vecinal para dotarse de los servicios y equipamientos urbanos básicos.

En ambos barrios, el cultivo de la memoria ha reforzado la autoestima colectiva y el sentido de pertenencia, buenos atributos para revertir tendencias de segregación y marginalización. Sin embargo, el papel de las administraciones públicas a este respecto ha sido bastante limitado. La Ley y el Plan de Barrios, impulsados por el gobierno autonómico de Cataluña desde 2004 para mejorar barrios con problemas o riesgos evidentes de degradación, no ha invertido, o solo muy marginalmente, en reforzar este tipo de elementos de pertenencia. Parece como si los planes de mejora integral de los barrios, que se han centrado preferentemente en actuaciones urbanísticas, tomaran la confianza de un barrio en sí mismo como algo dado, sin tener en consideración que ese tipo de bienes intangibles se crean y se fomentan por parte de determinados actores locales. En cambio, los Planes Comunitarios, con un presupuesto mucho más modesto y mayor participación de las entidades vecinales, han tenido mayor protagonismo en la promoción de y apoyo a actividades memorialísticas.

Con todo, puede afirmarse que las políticas locales de memoria han ido adquiriendo en los últimos años una importancia creciente,

como atestigua su reciente inclusión en los Planes de Acción Municipal. Por un lado está la política de promoción de patrimonio físico, muy centrada en el impulso del atractivo turístico de la ciudad a través de la distinción de elementos singulares. Con esta finalidad se valorizan los elementos medievales de los núcleos antiguos (señalización de edificios emblemáticos y de recorridos turísticos), como pasa a Escodines. Por su parte, la política «dignificadora» de «monumentalización de la periferia» impulsada por el Ayuntamiento de Barcelona en los años noventa apenas ha llegado al barrio de Roquetes. La creación de itinerarios escultóricos y patrimonialísticos (recuperando algunas iglesias o masías abandonadas) se ha concentrado en la parte sur del distrito, dejando al margen a los barrios del norte que no tenían este tipo de elementos físicos.

La principal intervención pública en cuestiones de memoria ha sido la de dar apoyo financiero y logístico a iniciativas de las entidades vecinales, aunque no tanto como les hubiese gustado a estas. Este apoyo público evidencia cierta preocupación por mejorar los elementos de la identificación y pertenencia vecinal, justamente en el momento que hay una mayor descentralización de la gestión urbana hacia los barrios. Las estrategias de gobernanza urbana incorporan medidas para fomentar la identidad local y sentimientos de pertenencia, con la esperanza de que con ello mejore las pautas de cooperación y confianza, y que se pueda traducir en más fluidez del proceso político y de la participación ciudadana. Pero en muchas ocasiones las relaciones entre administraciones y entidades de memoria han estado envueltas de una atmósfera de tensión, no solo debido a las reivindicaciones de estas últimas no atendidas por las primeras, sino también debido a que los relatos del pasado en que se fundamentan las reivindicaciones del presente les resultan incómodos.

¿De qué nos hablan estas memorias instituidas por las instituciones de memoria? En cada barrio hay un relato más o menos nítido, un relato fuerte sobre el pasado del barrio que hemos analizado a través de las publicaciones existentes. En Roquetes la memoria instituida nos habla de una continuidad entre el pasado y el presente, identificando en las movilizaciones vecinales el elemento de permanencia, un germen combativo que forma parte de la idiosincrasia del barrio desde sus inicios, hasta el punto que este

espíritu luchador llega a naturalizarse: forma el «ADN», el «carácter» o la «forma de ser» del barrio, como se suele decir. El relato sobre el pasado del barrio es una genealogía de la lucha vecinal del presente, una secuencia de movilizaciones vecinales asentadas en unos mitos fundadores potentes, tales como la construcción del alcantarillado por los propios vecinos en trabajos comunales o el secuestro en dos ocasiones de un autobús urbano para demostrar al ayuntamiento que podía subir las escarpadas laderas sobre las que se asienta el barrio. Estas movilizaciones vecinales acabarían desembocando, bastantes años después, en la tan anhelada llegada del metro. El presente está marcado por el pasado luchador de los vecinos de Roquetes: Ahora, como antes, el barrio se opone a *los poderosos* encarnados por el Ayuntamiento, convertido así en el «otro» que sigue más o menos inalterado a pesar del paso del tiempo y de los regímenes políticos. De este relato fuerte se desprende una lección muy clara: todo lo conseguido en el barrio es gracias a la lucha y la perseverancia de la unión vecinal que se convierte así en el ejemplo y modelo a seguir para las nuevas generaciones.

En el caso de Escodines también existe un relato fuerte sobre un pasado que conforma la identidad del barrio. La larga historia del barrio (*Escodines, mil anys d'història* (Comas, 2008) es el título de la única monografía sobre el barrio impulsada por la Asociación de Vecinos) es el elemento que se pone en primer término y que estructura la representación principal del pasado del barrio. La tradición rural del barrio y el fervor religioso forman la base sobre la que se articula una personalidad propia y claramente definida, basada en elementos como ser el único barrio de Manresa que celebra las tradicionales fiestas de Les Enramades, en el arraigo de la festividad religiosa de la divina Pastora o en la ubicación de los lugares clave de la *Manresa ignaciana*,³ entre otros. Es a través de estas festividades religiosas, que Escodines emerge como un barrio-pueblo fuertemente arraigado en las tradiciones y el modo de vida rural, marcando así una fuerte conciencia de pertenencia a través de la continuidad entre pasado y presente.

3. Íñigo de Loyola (posteriormente San Ignacio de Loyola), fundador de la orden jesuítica, se alojó en Manresa durante aproximadamente un año, entre 1522 y 1523, período considerado clave en su trayectoria vital y espiritual.

Es importante señalar que ambos relatos van acompañados de un sustrato narrativo en el que se recrea una mirada nostálgica a un barrio-pueblo pretérito donde predominaban el reconocimiento, la confianza y la solidaridad mutuas. Estos relatos fuertes sobre el pasado tienen también en común que explotan en cada lugar sus propias posibilidades. No son «invenciones» en el sentido de que se creen de la nada, pues todos parten de hechos históricos realmente existentes. Pero huelga decir que estos relatos que componen lo que hemos denominado una memoria instituida, iluminan unos aspectos del pasado y esconden otros, y con ello construyen una identidad, unas lecciones del pasado, una moral con la que identificarse.

¿Hasta qué punto la gente de los barrios, fragmentada por divisorias étnicas, generacionales y de trayectorias residenciales, comparte estas versiones del pasado? Para aproximarnos a lo que, con Halbwachs (1968), denominamos memoria colectiva, hemos identificado cuatro perfiles sociales diferenciados con la intención de explorar diferentes formas de memoria y de transmisión de la misma. Estos perfiles son, por un lado, viejos y jóvenes oriundos del barrio, y por otro, nuevos vecinos (inmigrantes extranjeros y jóvenes profesionales del país). Hemos realizado con ellos una serie de entrevistas y conversaciones informales donde les proponíamos hablar del pasado del barrio y, mediante técnicas elicitativas (tales como fotografías), intentábamos contrastar su conocimiento de los principales hitos resaltados por la memoria instituida. A partir de este material analizamos tres aspectos: 1. Los mecanismos de transmisión; 2. Las continuidades y discontinuidades que se establecen entre el pasado y el presente y 3. La relación de las memorias colectivas con la memoria instituida.

Según dicen los jóvenes oriundos del barrio, todo lo que saben del pasado del barrio lo deben a la oralidad y a la transmisión familiar, la cual claramente prevalece sobre las formas escritas e institucionales de difusión de la memoria, que en este sentido tendrían una eficacia limitada en la transmisión intergeneracional. Los viejos, por su parte, admiten chocar con un muro de indiferencia en sus hijos y nietos cuando explican historias del pasado del barrio.

Buena parte de los jóvenes del barrio de Roquetes no solo desconocen las instituciones de memoria y la memoria instituida y publicada; también desconocen los mitos que forman los hitos

históricos del barrio, tales como la construcción comunitaria de la red de alcantarillado o el secuestro de un autobús para reclamar un mejor transporte público. Aún así, tienen el firme convencimiento de que Roquetes ha sido un barrio luchador y que las movilizaciones vecinales son el alma del barrio. Hablan con orgullo de pertenecer a un barrio marcado por la lucha y por el esfuerzo de las generaciones anteriores. La memoria queda aquí convertida en «tradición» (Beramendi y Baz, 2010), despojada de los hechos históricos, pero plasmada en una identidad nítida.

La excepción la formarían los jóvenes más próximos al movimiento vecinal, poseedores de un relato más detallado de acuerdo a la narración de la memoria instituida. La mayor o menor cercanía al movimiento vecinal y las instituciones de memoria marcan también el discurso de los mayores, pero en un sentido diferente. Para los más comprometidos con el movimiento asociativo, hitos como el secuestro del autobús o la construcción del alcantarillado forman la historia colectiva del barrio, mientras que, para los más alejados, estos episodios forman parte de la historia personal. El sujeto ya no es «el barrio» sino «mi cuñado» o «mi vecino» que participó en tal o cual episodio. El movimiento vecinal parece ser pues el catalizador que convierte los recuerdos personales de la memoria colectiva en memoria instituida.

La transmisión de visiones del pasado del barrio a través de las instituciones de memoria resulta sorprendentemente eficaz en el caso de los nuevos residentes de clase media con los que hemos hablado en ambos barrios. Lo destacable de este perfil joven y con estudios superiores, normalmente sin vínculos previos con los barrios que han escogido para vivir, es que su elección residencial no obedece únicamente a cuestiones instrumentales o prácticas, sino que a tenor de lo que dicen, también les gusta que el barrio de acogida tenga un pasado reconocible, que imprima un cierto sentido de singularidad y distinción. Es un hecho que muchos de estos jóvenes conocen el pasado del barrio mucho mejor que los propios «hijos del barrio» y, en general, son verdaderos «consumidores» de la historia publicada de los barrios y de las actividades promovidas por las instituciones de memoria, llegando a participar en la recuperación de tradiciones, como pasa en Les Escodines con las Enramades. Savage, Bagnall y Longhurst (2005) señalaban que

la gente que vive en los barrios donde ha nacido y se ha criado no es necesariamente la que tiene más sentido de pertenencia. En este sentido, hablaban de «pertinencia electiva» (*elective belonging*) para referirse a cómo los nuevos vecinos adaptaban sus nuevos entornos residenciales a sus propias biografías. Estirando el concepto de estos autores podríamos hablar en este caso de una auténtica «memoria de adopción».

Como es de esperar, los inmigrantes tienen en general una idea muy vaga del pasado del barrio, evidenciando, en comparación con los nuevos vecinos de clase media, una relación más instrumental, con la excepción de algunos individuos próximos al movimiento vecinal que, sobre todo en Roquetes, comparten en cierto modo el orgullo por la memoria del barrio luchador. Pero lo más llamativo es que algunos de los inmigrantes, cuando son preguntados por el pasado del barrio, hablan de un barrio peligroso, dominado por las toxicomanías, la delincuencia y la mala fama. En este sentido, iluminan una parte del pasado inmediato de los barrios periféricos en gran parte obviada por la memoria instituida y por buena parte de la memoria colectiva: la dura realidad de las periferias metropolitanas durante los setenta y ochenta. En Roquetes, por ejemplo, algunos inmigrantes contaban que en el pasado los taxis no se atrevían a subir al barrio porque tenía mala fama y era peligroso, lo que recuerda al relato del secuestro del autobús, con el que tal vez esté emparentado de alguna manera, pero con un sentido totalmente diferente. En estos casos, los inmigrantes ponen en marcha una estrategia de inversión simbólica del discurso dominante, que consiste en verse a sí mismos como una aportación que dignifica barrios previamente degradados, y que ya ha sido notada en otros contextos urbanos (Aramburu, 2002).

Si el caso que acabamos de mencionar puede, tal vez, ser el embrión de una «*contramemoria*», hay que decir, que en general, las memorias colectivas matizan y enriquecen las memorias instituidas pero no hay propiamente una lucha de versiones diferentes de la historia de los barrios, los cuales no constituyen arenas equiparables a otras comunidades políticas, especialmente la nación. Con todo, hay un aspecto que merece una atención especial. Ambos barrios son actualmente receptores de inmigración extranjera, como antaño lo fueron de inmigración española. ¿Qué papel juega la memoria

de estas experiencias migratorias anteriores en la conceptualización de la nueva migración?

Memorias migratorias: ¿puente o trinchera?

La memoria migratoria de buena parte de la población de estos barrios no ha emergido espontáneamente en las entrevistas y conversaciones; este es un elemento que queda difuminado o sencillamente ignorado tanto por los mayores como por los más jóvenes. Eso es así especialmente en Escodines, donde la población originaria del resto del Estado no es tan apabullantemente mayoritaria como en Roquetes, si bien el escritor Josep Pla, al visitar Manresa en 1933, nos habla de Les Escodines como «prácticamente un barrio andaluz» (Comas, 2008) que abastecía de material humano muchas fábricas del entorno.

Una respuesta muy extendida entre la gente de Les Escodines ante la voluntad del entrevistador de reflexionar sobre el impacto de la inmigración española en el barrio es apelar a la buena comunió n que hubo y la rápida integración de los migrantes. Un comentario que en muchos casos va seguido de un cambio de tema por parte del entrevistado. De alguna manera, se minimiza este hecho histórico, que resulta entre incómodo y dado por superado. En Roquetes, donde el origen migratorio de sus habitantes tiene mayor reconocimiento público, tampoco es algo que esté en primera línea de la memoria ocupada principalmente por el pasado combativo, en este sentido los textos historiográficos casi no hablan del origen inmigrante del barrio, a pesar de que la mayoría de los textos están escritos en castellano, la lengua habitual del barrio. Si hay que celebrar que no haya un planteamiento étnico (catalanes versus inmigrantes), lo cierto es que en el mismo movimiento se despoja al lenguaje de clase que predomina en el discurso (barrio marginado por los poderosos) de la dimensión migratoria que indudablemente tiene.

Por tanto, el tema migratorio fue solicitado en las entrevistas a través de un trabajo deliberado de exploración del potencial impacto de esta memoria migratoria en la identificación con la nueva migración.

En ambos barrios hemos identificado dos tipos de memoria migratoria que estructuran identidades colectivas muy diferentes

y tienen implicaciones sociales también muy diferentes. Existe un tipo de relato del pasado según el cual la inmigración de los años cincuenta y sesenta y su progresiva instalación en los barrios periféricos fue una experiencia única, incommensurable, ya que responde a un momento y unas circunstancias consideradas «irrepetibles» y difícilmente comparables a las situaciones de los nuevos inmigrantes extranjeros que ahora llegan a su barrio. Una forma frecuente de expresar este tipo de discurso es hacer referencia a los diferentes medios tecnológicos que utilizan los inmigrantes de ahora en comparación con los de antes: «ahora vienen en avión», «tienen maletas de ruedas», «enseguida se compran un coche», etc.

Para comprender el sentido de esta retórica hay que tener en cuenta que los adultos de más edad tienen una conciencia de progreso especialmente fuerte, un progreso material que se expresa ante todo en la capacidad de adquirir bienes de consumo. Por tanto, con esta retórica lo que quieren decir es que lo que tanto trabajo y esfuerzo les costó a ellos, ahora los actuales inmigrantes lo consiguen rápidamente, lo cual pone en evidencia que nada tiene que ver con la precariedad con la que empezó la inmigración española.

Este tipo de memoria migratoria nos remite a lo que Todorov (2005), con relación a la memoria judía del Holocausto, denominaba «memoria literal», en tanto que «el suceso sobre el que se habla se considera absolutamente singular, único. De la misma manera, muchos inmigrantes españoles de los años cincuenta-sesenta piensan que su experiencia no es extensible ni comparable a los fenómenos migratorios de la actualidad. Es más, la memoria del pasado del barrio puede convertirse en una auténtica «memoria de trinchera» que, lejos de ayudar a crear una identidad compartida, genera identidades incomparables e incluso contrapuestas.

Pero este no es el único relato sobre la memoria de la inmigración. Encontramos también lo que Todorov (2005) denominaba la «memoria ejemplar», que se aproxima al pasado para crear una categoría más general que sirve como modelo para comprender situaciones nuevas con actores diferentes. La memoria ejemplar hace que determinadas experiencias sean transferibles a otras situaciones que presentan elementos comunes. Se amplía así el abanico de experiencias humanas con las cuales nos podemos identificar a través de la memoria: «se abre el recuerdo a la analogía y a la

generalización, se construye un *exemplum* y se extrae una lección» (Todorov, 2005).

No son pocas las personas que establecen un paralelismo entre las migraciones del pasado y del presente. Podemos decir que construyen una «memoria puente», en tanto que la vivencia de la migración de los sesenta sirve para extraer lecciones que pueden servir de vínculo, de identificación con las circunstancias de los actuales inmigrantes. Expresiones de amplio uso como «venir a buscarse la vida» o a «ganarse el pan», «pasarlo mal» o «sacrificarse», definen una experiencia común, propia de la condición de los trabajadores inmigrantes que, ahora como antes están expuestos a condiciones de desarraigamiento, exterioridad, explotación y segregación. La generación que pasó por esas experiencias se puede reconocer e identificar a través de ellas con la vivencia de los nuevos inmigrantes.

La ambivalencia de la memoria migratoria por lo que respecta a la identificación con los nuevos migrantes ha sido constatada en otros contextos (Aramburu, 2002; Suárez-Navas, 2004; Cole, 1997). Memoria puente y memoria trinchera pueden convivir en una misma persona. A lo largo de una conversación un interlocutor puede oscilar entre una y otra, en función del contexto discursivo. Pero eso no quiere decir que estos dos tipos de memoria se distribuyan aleatoriamente por el campo social de los barrios. Factores como la edad, el sexo o el origen no han resultado tan significativos a la hora de decantar a las personas a un discurso más próximo a la memoria puente o la de trinchera, como la vinculación a los movimientos sociales locales. Pero además, en cada barrio esta tensión se construye de manera diferente, algo que creemos tiene que ver con la influencia que ejercen la memoria instituida y las instituciones de memoria en las memorias colectivas.

Como se ha señalado con relación a la formación de «identidades de clase», la experiencia compartida no es suficiente para crear una identidad común (Scott, 1999). La experiencia no se refleja de manera simple en las identidades. Entre la realidad y la conciencia existe siempre la mediación del discurso, que impone sus categorías previas a lo experimentado. Pero también es necesario, como demostró Thompson en «La formación de la clase obrera en Inglaterra» (Thompson, 1963), que existan actores que inviertan en ese discurso.

En Roquetes, la Asociación de Vecinos y el tejido asociativo relacionado promueve claramente la memoria puente, todo tipo de iniciativas tendentes a asociar los dos fenómenos históricos. Un buen ejemplo de ello, es la celebración de la *Festa de la Pinya*, una «tradición» de reciente creación. Se trata de un día de celebración en la calle que se hace en primavera y que es al mismo tiempo un homenaje a la unidad del barrio, gracias a la cual este consiguió los servicios urbanos necesarios, un sentido de dignidad y a la vez un mensaje de que el barrio tiene que integrar en esa unidad a la nueva inmigración, lo que se promueve con un deliberado y exitoso intento de atraer inmigrantes a las actividades que se realizan. Discurso público que une pasado y presente en la formación de una comunidad integradora.

En Roquetes, caracterizado por tener una memoria de barrio muy potente, con un fuerte sentimiento identitario de barrio luchador, la memoria ejemplar, acorde con la memoria instituida, gana peso entre diferentes perfiles de la población. El recuerdo vivo de las luchas pasadas proporciona un relato que genera una identidad de clase trabajadora ligada a las luchas urbanas por la dignidad de una población marginada. En este contexto, donde la memoria instituida dota al pasado del barrio con un significado de puente, la memoria de trinchera emerge entre los vecinos que expresan sus recuerdos en primera persona, como recuerdos personales.

En Les Escodines, aunque el movimiento vecinal no ocupa el centro del discurso memorístico, como pasa en Roquetes, sí que encuentra el reconocimiento de la gente que ve como el barrio ha mejorado gracias a la presión de la Asociación de Vecinos. El papel en la historia reciente del movimiento vecinal es plenamente compatible con el orgullo que siente la gente de Escodines por su patrimonio histórico. Así, el pasado milenario del barrio deviene un recurso de futuro. Como decía una vecina:

Yo siempre lo he dicho, que no morirán Les Escodines. La gente decía que va a morir. Yo digo que no, que va a ser el barrio más.... y no puede morir por lo que tenemos. Tenemos el museo, la cova de Sant Ignasi... muchas cosas históricas.

El pasado con pedigrí, con una fuerte implantación de las tradiciones religiosas convierte las Escodines en «barrio histórico» de

la ciudad de Manresa, cumple el objetivo de mejorar la imagen del barrio ante el resto de la ciudad para revertir su estigmatización.

Las características de barrio rural, tradicional, con una población enraizada en el barrio no son inventadas, en el sentido que sean creaciones ex novo, forman parte del pasado real del barrio, pero dejan de lado otros elementos del barrio que hacen más compleja esta imagen. Así, la importancia del trabajo industrial que acabó predominando frente al trabajo agrícola y la constante llegada de población inmigrante de otras partes del Estado, se deja de lado.

La gente de Les Escodines se adhiere rápidamente al relato fuerte sobre el pasado agrícola del barrio. De hecho, las respuestas en esta línea eran la primera cosa que los entrevistados apuntaban al ser preguntados por el pasado del barrio, respuesta automática que estaba en boca de prácticamente todos los vecinos consultados. Es en los relatos que hacen referencia a la memoria personal y no del barrio donde se apuntan otros elementos del pasado, como el trabajo industrial (fundamentalmente femenino) y, con menos frecuencia, la experiencia migratoria. Es en las narraciones sobre la historia migratoria personal donde surgen elementos de identificación. Pero estos elementos puente no se encuentran autorizados por la memoria instituida, ocupada por elementos de trinchera (es menos probable que los inmigrantes musulmanes del barrio se lleguen a identificar con símbolos católicos como son la Cova de Sant Ignasi o la Divina Pastora que con el movimiento vecinal).

Una memoria centrada en las luchas urbanas de los barrios donde son relegados los inmigrantes puede servir como memoria puente, pero no necesariamente. El recuerdo y el desempeño de las luchas vecinales también pueden funcionar como trinchera, ya que estas se pueden «nacionalizar». Así, en los barrios analizados también es perceptible cierto discurso según el cual aquellos que han «levantado» el barrio y han conseguido mejoras son los que tendrían que tener prioridad en el uso de estas «conquistas».

Finalmente, que las luchas vecinales o las memorias migratorias se conviertan o en memoria puente y recurso de acogida y cohesión, o en elementos de trinchera y fragmentación, también depende de la dirección y el sentido que les impriman las instituciones de memoria.

Conclusiones

Ante los factores estructurales que dividen la sociedad en extranjeros y nacionales (la propia existencia de los Estados-nación, la herencia colonial, la fragmentación laboral, la competencia por los recursos de un Estado del bienestar escaso y menguante), es tentador pensar que nada se puede hacer desde el nivel local. Sin embargo, el análisis de casos permite ver como los actores y las acciones locales marcan cierta diferencia y que hay margen de maniobra para construir alternativas. Si ante los problemas convivenciales que plantea «la diversidad» la literatura posmulticulturalista aboga por crear sentidos de pertenencia comunes, que corten las líneas étnicas, entonces la producción de memorias locales tiene un papel a jugar. El sentido de pertenencia a comunidades simbólicas no es totalmente intrínseco, sino que también está influido por la acción política; en este caso, por las políticas de memoria.

Dar espacio a las diversas memorias del barrio, también las migratorias, es una forma de pluralizar el relato del pasado y, desde el reconocimiento de todas las identidades presentes, abrir las posibilidades de identificación cruzadas, transétnicas. Aunque puede argumentarse que memorias como la de Roquetes fomentan un nuevo particularismo, no es este un tipo de particularismo étnico, sino de clase, y tampoco sería propiamente un particularismo local ya que reconstruye la lógica global de la producción de los barrios populares (Harvey, 1997) a través de la migración y su relegación urbana, lo que proporciona a los vecinos otro tipo de marco para comprender e implicarse activamente en las realidades locales del presente.

